

LA ENFERMEDAD Y LA MUERTE DE MAUPASSANT

El barón Albert Lombroso acaba de publicar un volumen titulado *Souvenirs sur Maupassant*¹, que contiene un gran número de hechos. El Sr. Lombroso quiso reunir todo lo que se sabía actualmente sobre Maupassant y en particular sobre sus últimos años, para lo cual ha entrevistado a muchas personas que conocieron al escritor. Este procedimiento es infinitamente precioso para su tarea porque le procura documentos en su estado primitivo, antes de que una personalidad foránea venga a transformarlas o deformarlas.

Agrupando los materiales dispersos en el libro del Sr. Lombroso y ayudándome también de algunas informaciones recogidas entre algunas personas que tuvieron relación con Maupassant durante su enfermedad, me gustaría contar lo que sabemos actualmente sobre la locura de Maupassant. Será una exposición del tema con todas las precisiones que poco a poco lo han ido aclarando, y también una parte de lo ignorado, o más bien de incierto que estamos obligados a aceptar, al menos de momento.

No pretendo explicar mediante esos hechos la obra de Maupassant, ni siquiera una parte de esta obra. Creo que en el presente caso es necesario, más aún que en cualquier otro, proceder con tacto y tratando de evitar toda manía científica. Me limito a decir lo que se sabe de la muerte de un hombre que acabó de un modo igual a muchos otros; y contaré este fin como un alienista informaría de un caso cualquiera. Pero una secreta emoción y un estremecimiento más trágico me invaden aquí porque se trata de la inteligencia, del poder creador de «esta buena cabeza límpida y sólida», me estremezco con más fervor ante los implacables decretos de la fatalidad: en algunos momentos pasa como un estallido de dolor en la vista que se inclina para comprender, y los hechos más naturales toman una nueva perspectiva cuando afectan a tales hombres. Como decía Zola, tan inspirado ese día:

... Un giro tan brusco de vida, un abismo tan inesperado, que los corazones que lo han amado, sus millares de lectores, han conservado de él una especie de fraternidad dolorosa, una ternura centuplicada y completamente dolorosa. No quiero decir que su gloria hubiese tenido necesidad de este fin tan trágico, de una profunda repercusión en las inteligencias, sino que desde que sufrió esta pasión espantosa del dolor de la muerte, su recuerdo ha tomado en nosotros no sé que majestad soberanamente triste que la eleva a leyenda de los mártires del pensamiento. Aparte de su gloria como escritor, permanecerá siendo recordado como uno de los hombres más felices y al mismo tiempo más desgraciados de la tierra, aquel con el que sentimos nuestra humanidad esperar y destrozarse, el hermano adorado, mimado y luego desaparecido en medio de las lágrimas.²

La Sra. Laure de Maupassant, madre de Guy, siempre afirmó que la enfermedad de su hijo no era en absoluto hereditaria. Esta afirmación era consecuencia natural de los siguientes motivos: si la enfermedad de Guy fuese hereditaria, era ella quien se la había transmitido, – por otra parte, «esa leyenda, decía ella, alcanzaría a mi querida Simone, la sobrina de Guy, una niña encantadora que es el único consuelo que me queda en este mundo³». Dos motivos tan poderosos pueden conducir a los equívocos

¹ Albert Lombroso: *Souvenirs sur Maupassant*; su última enfermedad, su muerte, con cartas inéditas proporcionadas por la Sra. Laure de Maupassant y notas recogidas por los amigos y médicos del escritor. 1905, in-8°, Roma, Bocca, y París, Champion.

² Emile Zola: *Discurso sobre la tumba de Maupassant*. Citado por Lombroso, pp. 101-102.

³ Citado por Lombroso, pp. 148-149.

más evidentes (no digo mentiras, pues los sofismas de amor propio son la mayoría del tiempo algo típico del inconsciente). Examinaremos pues los hechos para ver si estos contradicen o no las afirmaciones de la Sra. de Maupassant.

Hacia 1877, la Sra. de Maupassant estaba afectada de una enfermedad que la acosaba desde hacía mucho tiempo, y que tenía ya unos síntomas tan diversos y cambiantes que confundían a todos los médicos. El doctor Lachronique y Maupassant creyeron que se trataba del gusano de la tenia. Pero su diagnóstico no era seguro y tenemos razones casi tan fuertes como las suyas para decir que no era otra cosa que una afección nerviosa. En efecto, no hay nada que tome unas «apariencias tan incomprensible» como una enfermedad nerviosa. Y además, la carta de Maupassant que me sirve aquí de referencia, está completamente dedicada a combatir una hipótesis que horrorizaba a la Sra. de Maupassant y que no es otra que la indicada por nosotros⁴: una enfermedad orgánica, sin duda una enfermedad nerviosa.

Además, el 29 de marzo de 1892, el Sr. Gustave de Maupassant, padre de Guy, escribe al Sr. Jacob:

La Señora de Maupassant ha llegado a tal paroxismo de ira que por la más ínfima cosa, tiene crisis terribles que son imposibles de ocultar a la niña⁵ y que le hacen un enorme daño. Desde hace ocho días la Sra. de Maupassant estaba sin noticias de Guy – su cabeza desvariaba y era inabordable – trataba a mi nuera⁶ como a la última de las mujeres – arrastraba por el fango a la familia de esta y, finalmente, el sábado, durante una crisis, ¡echó a Marie-Thérèse de su habitación y le ordenó que volviese con su familia! Mi nuera salió de la habitación para hacer las maletas. – Cuando acabó, bajó para decirle adiós. En ese intervalo, la Sra. de Maupassant había ingerido dos frascos de láudano. ¡¡¡Se había desvanecido!!! Se corrió a buscar al médico que la hizo vomitar, y el exceso de veneno la salvó. Cuando regresó en sí su furor no conoció límites. Se levantó empujando a mi nuera y ¡¡se escapó a la calle!! Se precipitaron tras ella. La agarraron y la volvieron a acostar. Mi nuera fue a ocuparse entonces de la niña que a su vez había tenido una abominable crisis. La madre se la llevó a la habitación y la confió a dos amigas, mientras ella regresaba al lado de su suegra. La Sra. de Maupassant había aprovechado esos minutos para ¡¡estrangularse con sus cabellos!! Fue necesario cortárselos para salvarla. Entonces comenzó a sofocarse y fue presa de unas convulsiones terribles... Naturalmente esta carta es confidencial, pues ante todo hay que pensar en el porvenir de la desdichada chiquilla. ¡Estos sucesos le resultan abominables!... Permítame preguntarle lo siguiente: ¿Puede hacerse algo por el bien de la niña? Me parece urgente alejarla. Habría que poner una enfermera a cargo de la Sra. de Maupassant o internarla en un hospital tal y como ella solicita⁷.

⁴ Esta carta que Lumbroso publicó, pp. 111-116, y especialmente este pasaje: «La tenia, de cinco sobre diez veces, no deja ningún rastro, adoptando las formas de todas las enfermedades y especialmente las de naturaleza nerviosa, del estómago y del corazón. Los síntomas son tan diversos y tan cambiantes que confunden a todos los médicos.»

⁵ Simone de Maupassant, hija de Hervé.

⁶ La viuda de Hervé.

⁷ Publicado por Lumbroso, pp. 472-474.

Bien cierto es que esta carta no fue escrita por un amigo de la Sra. de Maupassant, y que el Sr. de Maupassant no asistió a las escenas que describe con tanto detalle, pero hay que admitir la realidad de esos hechos que le han sido relacionados sin duda por su nuera. Y todas esas extravagancias no son precisamente para hacernos creer en una perfecta salud intelectual en la persona de la Sra. de Maupassant.

Ahora acometamos la enfermedad de Hervé, hermano de Guy.

De la carta de Maupassant, de la que ya me he servido para establecer algunas probabilidades de una enfermedad nerviosa en la Sra. de Maupassant, extraigo esta frase: «Hervé la tuvo y podía haberla heredado de ti, existiendo en él desde hacía mucho tiempo⁸» Si como piensa Maupassant, la Sra. de Maupassant padecía de tenia, esta frase no viene a cuento ni para la enfermedad de la madre ni para la del hijo. Además, si esas palabras: «Hervé la tuvo» quiere decir: «Hechos materiales (expulsión de una tenia...) nos han demostrado que Hervé padecía de tenia », esta frase no tiene ningún interés para la enfermedad del hijo e incluso eso vendría al encuentro de la tesis anteriormente postulada por mí. Pero si esas palabras tienen el sentido: «Hervé fue afectado de una enfermedad que comportaba los mismos síntomas que los que han sido constatados hoy en ti,» en ese caso Hervé era un nervioso como su madre. Tenía una predisposición.

Y el fin de Hervé no es en absoluto incompatible con esa hipótesis: la Sra. de Maupassant dijo a Adolphe Brisson: «Hervé había contraído una insolación que determinó en él desórdenes cerebrales⁹» Esos desórdenes desembocaron en una parálisis general. Al menos resulta una curiosa coincidencia que los dos hermanos tuviesen un fin semejante. Además, como la parálisis general no es consecuencia necesaria de todas las insolaciones, subrayo una vez más esta frecuencia de afecciones nerviosas en la familia de Maupassant.

En resumen, dentro de la imprecisión en la que estamos cuando se trata de establecer una enfermedad de carácter hereditario, podemos decir con una cierta flexibilidad de pensamiento que Maupassant estaba predispuesto genéticamente a las afecciones nerviosas, y especialmente a la parálisis general. Sé bien que todas estas palabras no tienen un gran valor científico, puesto que todos los hijos de los paralíticos generales no lo son e incluso, muy lejos de ello, muchos paralíticos generales han tenido una descendencia muy normal. Pero, como se dice en terminología de laboratorio (e insisto aún sobre la imprecisión que pueden adoptar estas palabras para una cabeza rigurosa y para un alienista que prefiere los hechos a los sistemas), Maupassant tenía una «herencia cargada».

§

Se admite que los predispuestos a las afecciones nerviosas pueden a veces evitarlas mediante una buena higiene. Maupassant llevó una vida extraordinariamente díscola desde que llegó a París. Era un hombre de una fuerza física excepcional y abusó de ello. Sus jornadas de remo son demasiado conocidas para que yo me refiera aquí a ellas. Sus éxitos con las mujeres también, y su fecundidad literaria es un fenómeno que deja estupefactos a los más trabajadores. Prefiero tomar dos épocas de su vida tan disímiles al principio y mostrar como en cualquier momento Maupassant abusó de su constitución. Yo sé, en efecto, que muchas personas piensan que el Maupassant burócrata no trabajaba intelectualmente, y como escritor se había alejado de toda actividad física. Son dos hipótesis muy lógicas y que casan de ordinario con la realidad.

⁸ Lumbroso, pp. 114-115

⁹ Citado por Lumbroso, p. 149.

Pero la vida de Maupassant es ajena a las reglas comunes y debemos limitarnos a los hechos.

En los años que estuvo empleado en un ministerio, Maupassant vivía en las afueras, se levantaba al amanecer para remar, partía para París hacia las 10 de la mañana y regresaba por la noche a orillas del Sena; todavía remaba y se acostaba muy tarde. El mejor remero de Oxford encontraría excesivo este ejercicio, pues se acuesta temprano y no pasa el día entero encerrado en un despacho. Maupassant no temía nada, puesto que durante esa época trabajaba intelectualmente, escribía una comedia, componía versos, relatos y novelas que nosotros hemos conservado, en un palabra, aprendía su oficio, de modo que en su debut¹⁰ ya era un maestro en el punto álgido de su madurez. Por lo que respecta a la vida sexual, la correspondencia de Flaubert nos edificará: «Siempre mujeres, cerdito», le dice el 25 de octubre de 1876¹¹, y dos años más tarde: «Te quejas de que las mujeres son monótonas. Para eso hay un remedio muy sencillo que consiste en no servirte de ellas. ¡Demasiadas putas, demasiado remo! ¡Demasiado ejercicio! ¡sí, señor!» El bueno de Flaubert, romántico en lo referente a lo vesánico, fue un poco cómplice de esos excesos. En esa misma carta le dice:

Es necesario, entiéndeme bien, jovencito, es necesario trabajar más de lo que lo haces. Tú has nacido para componer versos; componlos. «Lo demás no sirve para nada», comenzando por tu placer y tu salud; métete bien esto en la mollera. Además te encontrarás bien de salud cuando sigas los dictados de tu vocación¹².

Esta observación es de una filosofía, o más bien de una higiene profunda sin duda, pero que provoca hilaridad viendo sus resultados: Flaubert generalizaba y planteaba como máxima universal lo que únicamente era aceptable para su temperamento y sus costumbres.

Cuando Maupassant fue famoso abandonó la vida del despacho, pero fue para dedicarse a la más extraordinaria producción. Sé perfectamente que escribía rápido y casi sin corregirse, pero era porque rumiaba durante mucho tiempo sus cuentos antes de escribirlos y lo uno vale tanto como lo otro a efectos de su resultado patológico; la fatiga es la misma. Sin embargo trabajaba cinco horas diarias: «Guy trabajaba metódicamente cada mañana desde las siete y media, cuenta la Sra. de Maupassant, y escribía una media de seis páginas¹³» Cosa más grave aún, Maupassant usaba durante los últimos años de su vida, excitantes artificiales del pensamiento (éter, haschisch, cocaína, sinfonía de olores...¹⁴). No por eso abandonó el ejercicio físico, amando a su barco *Bel-Ami* más que a una mujer (lo que no se le hubiese censurado). Añadió a todo eso una vida mundana que desconoció hasta los treinta años, en exceso fatigosa para un hombre. Y allí conoció mujeres especialmente peligrosas como la pequeña Mouche y todas las putas con las que se satisfizo hasta ese momento. Contaré una anécdota que demuestra hasta que punto se dedicó a ello, martirizando ese corazón de donde hubiesen podido brotar aún magníficas floraciones. Siempre nos queda la imagen del Maupassant de su juventud subiendo las esclareas con unas putas mientras Paul Bourget lo esperaba en la planta baja.¹⁵

¹⁰ *Boule de Suif* apareció en 1880. Maupassant nació el 5 de agosto de 1850.

¹¹ *Correspondencia*, IV, 246.

¹² *Ibid*, Carta del 18 de julio de 1878, IV, 302

¹³ Citado por Lumbroso, p. 339

¹⁴ Lumbroso, pp. 56 y 94.

¹⁵ Esta sorprendente anécdota puede leerse en Lumbroso pp. 566-568.

Después de todo esto nos falta suscribir las afirmaciones del doctor Glatz que trató a Maupassant en Champel en 1891 y que dice: «Maupassant quemaba su mecha por los dos extremos... Por su tren de vida era *un candidato a la parálisis general*¹⁶».

§

Puesto que estudio las causas de la enfermedad de Maupassant, llego ahora a un punto que no hubiese podido tratar sin un ligero desorden del Sr. Lombroso. Él tiene en efecto una frase y una nota (pp. 103-104) que parecen indicar que la parálisis general de Maupassant fue consecuencia de una antigua sífilis. Y cuatrocientas páginas más adelante, una nota (p. 473) donde parece retirar esta afirmación. Los lectores del Sr. Lombroso que no se percatasen de esta segunda nota afirmarían cándidamente esa sífilis.

Y eso sería ir demasiado lejos. Esa sífilis es hipotética, y (en el estado actual de la cuestión) no hay ningún hecho que la sustente. Como hay muchos sifilíticos entre los paralíticos generales y como muchos sifilíticos se convierten en paralíticos generales, algunos especialistas, sifilógrafos o alienistas, han planteado dos afecciones como si existiese entre ellas una relación de causa y efecto. El doctor E. Morselli, que acepta esta generalización, dijo al Sr. Lombroso que la causa de la locura de Maupassant era la sífilis¹⁷ y el Sr. Lombroso aceptó esta palabra del Evangelio del doctor Morselli, precipitadamente sin duda, puesto que la abandona a continuación. La sífilis de Maupassant es un chisme de médico sifilómano que puede convertirse muy fácilmente en una leyenda. Es una hipótesis muy lógica y quizá incluso cierta, pero es necesaria relegarla hasta nuevos hechos.

§

Ahora queda la propia evolución de Maupassant.

La Sra. de Maupassant siempre pretendió que la locura de Maupassant se inició súbitamente:

Hasta los últimos años de su vida era el muchacho más alegre del mundo, expansivo, jovial, ardiente y divertido. Su mejor compañero, su hermano de remo, el Sr. Léon Fontaine, que le fue tan devoto, os dirá como yo, que ningún síntoma anunciaba la catástrofe en la que se hundió su razón. Gozaba de un admirable equilibrio, tanto el lo físico como en lo moral¹⁸.

Esta afirmación era para ella como un complemento de esa tesis ya cuestionada por nosotros, de que la enfermedad de Maupassant no era hereditaria. Parecía a la Sra. de Maupassant que si la enfermedad de su hijo se había iniciado bruscamente, a consecuencia de penas íntimas, ésta no era hereditaria. De ahí esa afirmación, que es una mentira, o un sofisma de amor propio, pues ocurre muy a menudo que el entorno de un enfermo lo cree con buena salud hasta el día en el que se apaga.

En realidad, la enfermedad de Maupassant siguió una lenta evolución que vamos a tratar de resumir:

En 1880 Maupassant ya estaba afectado. Flaubert le escribe, hacia el mes de marzo:

¹⁶ Relacionado por Lombroso, p. 575, nota.

¹⁷ Lombroso pp. 473 y 575

¹⁸ Citado por Lombroso, p. 148.

Me han llegado tantas tonterías e improbabilidades acerca de tu enfermedad que estaría más tranquilo, por mí, por mi única satisfacción, si te hicieras examinar por mi médico Fortier, simple oficial de salud al que yo considero muy bueno.¹⁹

Se trata de una afección de la vista y encontramos en la carta del 16 de abril de 1880 lo siguiente: «¿Te hace daño el ojo? Dentro de ocho días me visitará Pouchet que me dará detalles sobre tu enfermedad de la que no comprendo gran cosa²⁰». Ahora bien, los trastornos de la pupila tienen una gran importancia en el diagnóstico de la parálisis general²¹.

Esta hipótesis está confirmada por una fecha posterior. He aquí, en efecto, una carta del Dr. E. Landolt al Sr. Lombroso:

En cuanto a mis relaciones con Maupassant, le diría que conocía desde hacía mucho tiempo al autor por sus obras, cuando se dirigió a mí por algunos trastornos visuales. Ese daño, en apariencia insignificante (dilatación de una pupila), me hizo prever sin embargo, a causa de los trastornos funcionales que lo acompañaban, el lamentable final que esperaba diez años más tarde fatalmente al joven y antaño tan vigoroso y fornido escritor²².

Así pues Maupassant mostraba hacia 1882 o 1883 algunos síntomas de parálisis general.

Estos síntomas eran poca cosa, y se comprende muy bien la tranquilidad de la familia de Maupassant cuando se lee esta frase del Sr. Amic:

Fue en el mes de mayo de 1885 cuando hice con Guy de Maupassant un viaje a Sicilia. Fue esa la época en la que apareció *Bel-Ami*. Entonces Maupassant me parecía gozar de una gran salud, de un perfecto equilibrio físico y moral. Nada podía presagiar su triste final²³.

En cualquier caso tenemos una seguridad absoluta desde 1890:

Fue la época en la que esos dolores que él toma por influenza comienzan a agravarse definitivamente conduciéndole hacia la muerte. Solo la ilusión se le permite a él. Un especialista que lo encuentra en Cannes en el ferrocarril, y uno de sus amigos, declaró en el mes de enero que el mal que padecía el escritor era un mal de marcha muy determinada, y que, en dos años, esa inteligencia de genio no sería más que un número sin conciencia en un psiquiátrico²⁴.

Se cuenta un pasaje de las memorias del Sr. Roujon sobre Maupassant más o menos de esa época:

¹⁹ Gustave Flaubert: *Correspondance*, IV, 379

²⁰ Id., *ibid.*, V, 385.

²¹ Cf. Mignot, *Contribution à l'étude des troubles pupillaires Dans quelques maladies mentales*. Tesis de París, 1900-

²² Publicado por Lombroso, p. 581.

²³ Publicado por Lombroso, p. 401, nota.

²⁴ Henry Céard: *la Toque et Prunier (l'Évènement*, 22 agosto de 1896) (reproducido por Lombroso, p. 249.)

Comenzó a tener malestares, invencibles insomnios, incesantes dolores de cabeza. Lo invadió la melancolía. Teniendo un miedo enfermizo de la enfermedad, nos hizo sobre su salud siniestras confidencias. Leyó libros de medicina, se infligió regímenes crueles y se atiborró de drogas, no hablaba de otra cosa que no fuesen remedios y panaceas. Su rostro se alargó. Sus ojos, antaño húmedos y risueños, se volvieron vítreos. Envejeció diez años en algunos meses²⁵. Uno de nuestros últimos encuentros fue durante una cena íntima, a bordo de su yate, en el viejo puerto de Niza. No comió nada y habló de microbios. Acompañándome durante algunos instantes por la carretera de Beaulieu bajo una noche estrellada, me dijo: «No me queda mucho tiempo. Me gustaría no sufrir²⁶».

En mayo del 90, Maupassant se queja al propietario de su vivienda del trabajo nocturno de un panadero y le dice que, por prescripción médica, debe ir a cuidarse e irse «al Midi por los trastornos nerviosos tan graves causados por quince noches de insomnio²⁷».

Finalmente Maupassant envejeció de tal modo durante algunos meses que, con motivo de la inauguración del monumento a Flaubert en Rouen, el 23 de noviembre de 1890, todos observaron su debilitamiento. Edmond de Goncourt escribe:

Quedé impactado esta mañana del mal aspecto de Maupassant, del descarnamiento de su rostro, de su tez enrojecida, del carácter marcado, como se dice en el teatro, que ha adoptado su persona, e incluso de la fijeza malsana de su mirada. No me parece destinado a hacer huesos viejos²⁸.

El Sr. Pol Neveux, que asistía a la ceremonia, lo describió así:

Maupassant estaba allí, un Maupassant delgado, tembloroso, con el rostro disminuido al que yo dudaba en reconocer.²⁹

En el verano de 1891, mientras se encontraba en Divonne y en Champel, Maupassant había experimentado algunos síntomas que podían hacer temer una afección mental; pero no tenemos informaciones muy precisas sobre estos síntomas. Así, escribiendo a su madre, el 27 de junio de 1891, tiene dudas, reitera las palabras, presenta omisiones, errores de escritura: *revierai* por *reviendrai*; *touches* por *douches*; *lide* por *lire*; *Darchoin* por *Dorchain*³⁰. El Sr. Dorchain, que lo vio en Champel durante ese verano de 1891, escribe:

²⁵ Se puede relacionar esta con un pasaje encontrado en el *Diario de los Goncourt* con fecha 15 de junio de 1880: cenando en la Banlieue, Octave Mirbeau «habla curiosamente del miedo a la muerte que obsesiona a Maupassant, y que es la causa de esta vida de locomoción perpetua por tierra y por mar para escapar de esa ida fija. Y Mirbeau cuenta que, en una de los descensos de Maupassant a tierra, en la Spezzia, si no recuerdo mal, al saber que allí había un caso de escarlatina, abandonó el almuerzo encargado en el hotel y volvió a embarcar.». También se cuenta que un hombre de letras, herido por unas palabras escritas por Maupassant y antes de cenar con él, se había empapado de libros de medicina los días precedentes, y durante la cena le había hablado de todos los casos de muerte en la que desembocan las enfermedades oculares: lo que había hecho caer literalmente la nariz de Maupassant en su plato». *Diario de los Goncourt*, tomo VIII, citado por Lumbroso, p. 181.

²⁶ Citado por Lumbroso, p. 321.

²⁷ Publicado por Lumbroso, p. 441.

²⁸ *Diario de los Goncourt*, t. VIII. Citado por Lumbroso, p. 182.

²⁹ Pol Neveux: *Discurso en la inauguración del busto de Maupassant*. Citado por Lumbroso, p. 218.

³⁰ Carta publicada por Lumbroso, pp. 44-47.

Él llegaba de Divonne, otro balneario francés cerca del lago Léman, de donde había sido expulsado, según decía, por una inundación que había invadido su habitación, y por la negativa del médico a administrarle la ducha más dura, la más fría, la que solo se administra a los más fuertes, «la ducha de Charcot». Y amenazaba al médico con irse si no consentía en aplicarle la susodicha ducha terrible. Su excitación era extrema, y era reacio a todo tratamiento sedativo, no buscando más que excitaciones nuevas. Desde las primeras palabras pude adivinar que ese era el mal mental del que había hablado el doctor Cazalis... Ya estaba loco: locura de exageración en todo y delirio de grandeza. Por ejemplo: «Fíjese», nos decía a mi esposa y a mí, «fíjese en este paraguas. No lo hay en ningún comercio excepto en un lugar descubierto por mí, y donde he hecho comprar más de trescientos iguales en el entorno de la princesa Mathilde.» O también: «Con este bastón, me he defendido un día contra tres chulos por delante y tres perros rabiosos por detrás.» Y todo lo que decía era similar a eso. Al día siguiente de su llegada, me susurraba al oído la confidencia de una hazaña... amorosa con una bella muchacha de Ginebra dándome detalles sobre sus fuerzas recuperadas... Todo eso es muy triste³¹.

Contando todo eso, se veía «una volubilidad de lenguaje y una fijeza en la mirada igualmente espantosas³²»

Edmond de Goncourt también cuenta los siguientes hechos:

Maupassant estaría afectado del delirio de grandeza. Creía que era conde, y exigía que se le llamase Señor conde. Popelin, prevenido de que había un comienzo de desarreglo en Maupassant, no observaba este verano ese desarreglo en el novelista³³, en Saint-Gratien³⁴, pero había quedado estupefacto por la exageración de sus relatos. En efecto, Maupassant hablaba de una visita hecha al almirante Duperré, sobre la escuadra del Mediterráneo, y que se dispararon un número de cañonazos en su honor y para su placer, cañonazos que costaban centenares de miles de francos, tanto que Popelin no pudo impedir hacerle observar la enormidad de la suma. Lo extraordinario de este relato, es que Duperré, dijo a Popelin que en aquella época él no había visto a Maupassant³⁵.

Es cierto que en esta época todos los doctores que se le acercaban preveían un fin cercano³⁶. Estaba en el periodo de excitación.

La estancia en Divonne y en Champel lo recuperó un poco, y el 30 de septiembre escribía (a su madre, es cierto): «Me comporto admirablemente³⁷». En ese momento estaba preparando un ensayo sobre Tourgueneff.

³¹ Publicado por Lumbroso, p. 55.

³² Dorchain, en *Les Annales*, nº 884; citado por Lumbroso, p. 63.

³³ Este desarreglo pudo no ser más que pasajero, pero si realmente existió, es necesario advertir los temblores de su lengua y de los músculos peri bucales que son uno de los síntomas esenciales de la parálisis general.

³⁴ El castillo donde residía la princesa Mathilde.

³⁵ *Diario de los Goncourt*, tomo VIII; citado por Lumbroso, p. 183.

³⁶ Así el Dr. Cazalis (Jean Lahor) y el Dr. Frémy, Cf. Lumbroso, pp. 63 y 68

³⁷ Publicado por Lumbroso, p. 39-

Pero la mejoría no fue de larga duración. Escribió el 5 de noviembre de 1891 una carta, precisa en el fondo, pero de una forma un poco extraordinaria, o más bien bastante violenta³⁸.

Finalmente, la excitación aumenta bruscamente desde los primeros días de diciembre de 1891:

Maupassant comienza a salir de su calma³⁹. Tenía fiebre; caminaba y hablaba nerviosamente; eso no era habitual en él. A partir de ese momento su mayordomo, el fiel François, comenzó a preocuparse. Una noche el bravo muchacho fue despertado por unas detonaciones; corrió de inmediato a la habitación de su amo y lo encontró tranquilamente instalado en su ventana, disparando un revólver en la oscuridad de la noche. Tiraba así, sin divisar, al azar, creyendo haber oído escalar el muro del jardín. Al día siguiente, François, temiendo que semejante incidente se reprodujera y que ocurriera alguna desgracia, creyó prudente retirar las balas de la pistola, luego volvió a depositar el arma en el cajón donde su amo tenía por costumbre guardarla⁴⁰.

Hasta aquí hemos expuesto todas las informaciones que se han podido reunir sobre la evolución de la enfermedad de Maupassant: no son tan completas como la observación de un especialista sobre un enfermo al que puede analizar todos los días, pero son suficientes para destruir las pretensiones de la Sra. de Maupassant y para establecer que la enfermedad de Maupassant evolucionó como la mayoría de las parálisis generales.

§

La catástrofe, tan previsible, fue precipitada, parece ser, por una pena amorosa. La Sra. de Maupassant cuenta:

Tras el estreno [de *Musotte*], vino a Cannes y, para prepararse a escribir *l'Angelus*⁴¹, se puso a trabajar en un estudio sobre Tourgueneff: «Mamá, vas a leer a toda prisa las principales novelas de Tourgueneff; y envíame un resumen de ellas en veinticinco o treinta líneas. Para recompensarte te prometo ir a pasar la Nochebuena y el día de Navidad en la villa del Ravenelles.» De repente, la víspera de Navidad, un telegrama. Cambio de programa: «Obligado a cenar en las islas Sainte-Margarita con las Sras...., pero iré a pasar el fin de año contigo.» ¿Qué ha ocurrido?... Todavía me lo pregunto. Lo que hay de cierto, es que tras esa noche maldita, desde el día siguiente, esas mujeres de la alta sociedad.... dos hermanas, una casada y la otra viuda, regresaron a París en el primer tren sin decir por qué. Nunca han dado señales de vida... ni siquiera una nota tras la catástrofe... Ni la muerte parece haberlas desarmado.⁴²

³⁸ Cf. Lumbroso, pp. 425-453.

³⁹ Es decir, como nos lo demuestran las siguientes frases: el desorden fue tal que los vecinos se dieron cuenta.

⁴⁰ Según la Sra. H. Lecomte du Nouy; en Henri Amic y el autor de *Amitié amoureuse* (Sra. Lecomte du Nouy), *En regardant passer la vie*; citado por Lumbroso, pp. 67-68.

⁴¹ La novela interrumpida por la enfermedad de Maupassant, y de la que nunca ha podido encontrarse el esbozo.

⁴² Relacionado por Lumbroso pp. 118-119.

Una de esas mujeres era la heroína de *Notre Coeur*, de origen judío, y quien con un cierto sentido práctico y un perfecto olvido por las conveniencias, dejó de interesarse a partir de ese momento por el loco: los recuerdos no existen más que en las personas de sentidos equilibrados. «Mientras esa alma genial agonizaba, la mujer escapaba como huye una niña que, habiendo ahogado a besos a su pájaro favorito, se esconde para no verle expirar⁴³». Llegó el 1 de enero de 1892 y es lamentable que nos falten los detalles sobre los cinco días transcurridos entre la Navidad y esa fecha. Maupassant se sintió esa mañana bastante enfermo hasta el punto de no querer salir. Su criado consideró oportuno animarle a ir a felicitar el año nuevo a la Sra. de Maupassant, la madre que vivía en Niza⁴⁴. He aquí el relato de esa visita por la Sra. de Maupassant:

El día de año nuevo, al llegar, Guy, con los ojos llenos de lágrimas me abrazó con una efusión extraordinaria. Toda la tarde hablamos de mil cosas; no observaba en él nada anormal excepto una cierta exaltación. No ocurrió hasta más tarde en la mesa, en plena cena, cara a cara, cuando me di cuenta de que divagaba. A pesar de mis súplicas, mis lágrimas, en lugar de quedarse a dormir quiso regresar a Cannes... Encerrada, enclaustrada aquí por la enfermedad: «¡No te vayas, hijo mío!, le gritaba, ¡no te vayas...!» Me agarré a él, le supliqué, arrastré mi impotente vejez en sus rodillas. Él continuó con su obstinada visión. Y vi hundirse en la oscuridad de la noche...a mi pobre hijo, exaltado, loco, divagando, yendo a no sé dónde.⁴⁵

Habiendo llamado a su mayordomo, François, Maupassant lo envió a buscar un coche y partió para ir a tomar el tren de Cannes⁴⁶. La Sra. Lecomte du Nouy contó la continuación al Sr. Amic:

Desde ese momento, François, que lo había acompañado, tuvo la sensación muy clara de que el mal empeoraba. Apenas llegado a su casa, Maupassant, sintiéndose débil, quiso acostarse de inmediato; su criado, a pesar del deseo de querer vigilarle, no pudo quedar junto a él. Guy le impidió velarle en la habitación. ¿Qué sucedió durante la noche? Lamentablemente no es difícil de adivinar. Algunos meses antes, Maupassant había dicho al Dr. Fremy: «¿Cree usted que me encamino hacia la locura?» El doctor me confesó más tarde que desde esa época, había constatado el progreso de la parálisis general; sin embargo protestó: «Si así fuese, querido», continuó Maupassant, «debería decírmelo. Entre la locura y la muerte no hay duda; mi elección está hecha por adelantado.» Estoy pues convencido que durante la noche del 1 al 2 de enero, Guy tuvo una hora de absoluta lucidez; comprendió que su razón se le escapaba; desde entonces quiso matarse. Su primera idea fue utilizar su revólver. El cajón que lo contenía, quedó abierto, según testigos. Hizo fuego, pero las balas habían sido retiradas y la pólvora de la espoleta solamente le ennegreció la sien sin resultado. La pistola fue devuelta a su escritorio. Advirtió sobre su mesa un abrecartas, lo tomó e intentó en vano cortarse la arteria carótida. El estilete se deslizó del cuello al rostro, produciendo una herida

⁴³ Lumbroso, p. 330. La frase que sigue y que insinúa una retirada de la sociedad por parte de la amante judía es un error.

⁴⁴ Lumbroso, p. 68.

⁴⁵ *En regardant passer la vie*. Citado por Lumbroso, pp. 68-69.

⁴⁶ Lumbroso, p. 119. Esta escena sucedía en Niza, en casa de la Sra. de Maupassant, en la villa des Ravenelles, calle de France, 140.

profunda de donde manó la sangre; entonces Maupassant emitió terribles alaridos de dolor. Oyendo esos gritos, François acudió. Enseguida comprendió que estando solo sería incapaz de defender a su amo contra sí mismo, por lo que llamó en su ayuda a los dos marineros del *Bel Ami*, el velero de Guy. Usted conoció a Bernard y Raymond; los dos adoraban a Maupassant. Fue con gran esfuerzo como lograron apoderarse de él y mantenerlo sobre su cama hasta la llegada del médico. No lo hubieran conseguido tan fácilmente sin la hercúlea fuerza de Raymond.⁴⁷

§

Era un naufrago. Se decidió su internamiento en la residencia de salud del Dr. Blanche, en Passy. Pero aquí se produce una anécdota de una poesía sobrecogedora:

Sus amigos sabían que Maupassant adoraba su velero. Le había dado el nombre de una de sus más célebres novelas: *Bel-Ami*. Pensaron que la visión de su querido barco despertaría quizá su memoria apagada, que fustigaría su pobre inteligencia antes tan límpida, ¡desaparecida ahora! Aletargado, con los brazos asidos por la camisa de fuerza, el desdichado fue conducido al puerto. *Bel-Ami* se balanceaba suavemente en el mar... El cielo azul, el aire límpido, la elegante línea de su velero querido, todo eso pareció tranquilizarle. Su mirada se volvió dulce... Contempló largo rato su navío con mirada melancólica y tierna... Movié los labios, pero no salió ningún sonido de su boca. Se lo llevaron. Se volvió varias veces para volver a ver su *Bel-Ami*.⁴⁸

La tristeza de un final así suele impactar a los hombres más habituados estos desmoronamientos.

Trasladado a París, llegó la mañana del 7 de enero en un estado de completa postración; fue recibido en la estación por el Dr. Cazalis y por el editor Ollendorff, siendo conducido inmediatamente a la residencia del Dr. Blanche. Los doctores Blanche, Meuriot y Groult lo examinaron; la llaga del cuello estaba en vías de curación, el estado mental no tenía remedio. El paciente se quedó dormido mientras el Dr. Blanché le hacía la cura de la herida.⁴⁹

Entrando en el hospital, el enfermo iba sin afeitar y mantendría su barba hasta la muerte.⁵⁰

La observación completa del delirio en el cual había entrado no es de dominio público: pero según lo que se sabe de las observaciones tomadas sobre él, y por las informaciones que nos han sido proporcionadas, la enfermedad siguió la evolución normal de una parálisis general, yendo de los simples trastornos psíquicos a la demencia y a la animalización, con una buena parte de otros trastornos característicos acompañándole: excitación, delirios de grandeza, alucinaciones, afasia. Se puede contar más o menos esta evolución, sin recurrir a un parte médico, o al menos a sus principales rasgos.

Durante todo el transcurso de su enfermedad se le daban duchas y baños. No sufría del todo.⁵¹

El 3 de febrero de 1892, de Goncourt supo en el domicilio de la princesa Mathilde (sin duda a través del Dr. Blanche) que Maupassant tenía ideas delirantes:

⁴⁷ Lumbroso, pp. 149 y 150, nota.

⁴⁸ Lumbroso p. 78

⁴⁹ *Le Petit Niçois*, del 8 de enero de 1892. Citado por Lumbroso, p. 631.

⁵⁰ Lumbroso. P. 98.

⁵¹ Lumbroso. P. 97

Siempre la convicción de estar salado. Abatimiento o irritación. Se creía objeto de la persecución de los médicos que lo esperaban en el pasillo para inyectarle morfina, cuyas gotas le provocaban agujeros en el cerebro. Obstinción de la idea de que se le roba, que su criado le sustrajo seis mil francos: seis mil francos que, al cabo de algunos días, se habían convertido en sesenta mil francos⁵².

También creía estar lleno de piedras preciosas y se negaba a defecar por temor a expulsarlas⁵³. Decía a su enfermero Bispalié, tras haber plantado una rama en la tierra del parque: «Plantemos esto aquí; el año que viene encontraremos pequeños Maupassant⁵⁴»

El 17 de agosto, de Goncourt nos cuenta la excitación de la que era presa el enfermo:

En el ferrocarril hacia Saint-Gratien, en el momento en que los periódicos anuncian una mejoría en el estado de Maupassant, Yriarte me comenta parte de una conversación que acaba de tener estos días con el Dr. Blanche. Maupassant dialoga toda la jornada con personajes imaginarios y únicamente banqueros, corredores de bolsa, hombres adinerados. El Dr. Blanche añadió: «No me reconoce ya, me llama doctor, pero para él soy el doctor no importa quién, ya no soy el Dr. Blanche.» E hizo un triste retrato de su aspecto, diciendo que en el presente tiene la fisonomía de un auténtico loco, con la mirada perdida y la boca sin musculación⁵⁵.

Un enfermo en el hospital del Dr. Blanche, de quien el Sr. Lombroso relaciona sus recuerdos, le dijo:

Maupassant se paseaba siempre por el patio del primer pabellón y gritaba continuamente a un enemigo invisible con el que quería batirse. Gritaba *uno, dos, tres*, como en un duelo, y por la noche hablaba de millones y de pederastia⁵⁶.

El 13 de enero de 1893, el Sr. Pol Arnault, que acababa de visitar a Maupassant, lo encontró con la camisa de fuerza, y su ataxia era tal que no reconocía a ese viejo amigo⁵⁷. La Sra. de Maupassant que, por celo maternal, siempre detestó a las mujeres que su hijo amó, las apartó imperiosamente del enfermo: La Sra. Lecomte du Nouy vino varias veces, suplicante, al hospital del Dr. Blanche, pero no obtuvo permiso debido a la consigna materna; Maupassant ya no se acordaba de ella, y a las uvas que esta le enviaba no le sabía decir, con una risa bestial, otra cosa que: «Son de cobre», negándose a tocarlas⁵⁸. Maupassant tenía pavor a todos sus amigos, y nunca solicitaba recibirlos⁵⁹.

⁵² *Diario de los Goncourt*, tomo IX. Citado por Lombroso, p. 184.

⁵³ Este hecho fue contado al profesor Dumas por una de las personas que cuidaban a Maupassant.

⁵⁴ Lombroso, p. 96.

⁵⁵ *Diario de los Goncourt*, tomo IX. Citado por Lombroso, p. 184.

⁵⁶ Lombroso. P. 96.

⁵⁷ Según una carta del Sr. Pol Arnault, publicada por Lombroso, p. 580.

⁵⁸ Según Lombroso, p. 121.

⁵⁹ Lombroso, pp. 94-95. Los que iban a verle más a menudo eran Cahen d'Anvers, Ollendorff y Henry Fouquier (Cahen sobre todo).

Le agradaban bastante los doctores que lo atendían (los Sres. Blanche, Meuriot y Grout), sobre todo el Sr. Franklin Grout, normando como él.⁶⁰

El 30 de enero, el Dr. Blanche, de visita en casa de la princesa Mathilde, se acercó a conversar con Goncourt y le dio a entender que Maupassant se estaba animalizando⁶¹.

Cuando la muerte se aproximaba sin embargo conservó algunas vagas luces: El Sr. Albert Cahen d'Anvers, escribió al Sr. Lumbroso:

Me reconocía y nunca me dejaba marchar, incluso en mi última visita que precedió a su fin en algunos días tan solo, no dejó de decirme: «Mi admiración hacia usted, querido amigo⁶²»

En los últimos días, Maupassant arrojó una bola de billar a la cabeza de otro enfermo⁶³.

La muerte le llegó el 6 de julio de 1893, a las tres y media de la tarde⁶⁴. Lo encontró tranquilo: «Se apagó como una lámpara a la que le falta aceite⁶⁵.»

§

Este desenlace de una vida magnífica le confiere un aspecto majestuoso y una apariencia trágica. Lo que aquí reaparece es la vieja Némesis arrojando a los héroes de Esquilo a los precipicios.

Pero no hay nada en la vida que no sea trágico; y la locura no es más que una de sus innumerables apariencias, desfilando ante nosotros sin que comprendamos el mecanismo que las proyecta sobre la escena del mundo. Podemos estudiarla como estudiamos los movimientos de los astros, podemos proponer leyes, y si sabemos alejar de nosotros todos misticismo científico, nada nos parecerá más vacío que la vana ciencia con sus corolarios y sus encadenamientos, de la que ignoramos principio y fin. ¡Palabras! ¡palabras! decía el príncipe Hamlet. ¡Hechos! ¡hechos!, gritaremos nosotros junto a él.

Pero esto no es más que un punto de vista y todas las apreciaciones son posibles.

Puesto que todo hombre intenta construir su vida como un hermoso castillo de lógica, ante las apariencias contradictorias hay que elegir entre dos hipótesis incompatibles la una con la otra: todo es infinito, eternidad, misterio y profundidad, – y todo no es más que apariencia, fenómenos, claridad y hecho tangible; de ahí las dos actitudes: positivismo y tragedia, – optimismo y pesimismo, – yo sé y yo no sé. Y esto es, como todas las cosas, cuestión de temperamento. Hay quien vive al azar de los días y las horas sin saber y sin ver otra cosa que el sordo hinchazón de las venas en su pecho oscuro, y los que oyen desfilar a ese ritmo los lentos golpes del destino. Perpetuamente angustiados, arrojan miradas taciturnas sobre un mundo desconocido y buscan en medio de los soles el desfile de las sombras en las que ellos se convierten. Y otros van, conquistadores embriagados y gesticulantes, clamando su alegría y pregonando sus delirios por el mundo que frecuentan para penetrarlo mejor. Jamás han conocido otra

⁶⁰ Lumbroso. P. 97.

⁶¹ Diario de los Goncourt, IX. Citado por Lumbroso, pp. 184-185-

⁶² Carta publicada por Lumbroso. P. 584.

⁶³ Según su celador Joseph Girard, que a menudo ha jugado al billar con él, Maupassant era muy buen jugador: de vez en cuando cerraba los ojos para buscar rimas y componer versos. (Lumbroso, pp. 97-98)

⁶⁴ Según este mismo celador, y contrariamente al acta de defunción, donde se consigna que fue a las nueve de la mañana. Lumbroso, p. 96.

⁶⁵ Según ese mismo celador. Lumbroso, *Ibid.*

cosa que su alegría devoradora y se sirven de todas las cosas como de sólidos soportes para edificar su gloria y comunicar su fuerza.

Y esas dos almas son tan auténticas que oigo el gemido de una y la risa de la otra. No sé elegir:

– Haber sido el más bello espécimen de la raza, el «personaje triunfante» de una época, y como su ideal vivo; y caer en las sombras, en la negrura ante esta muerte que nos parece menos atroz desde que conocemos otra más cruel y más terrible. Ser y no ser, vivir como la sombra mancillada de una flor que se marchita y pudre, y desaparecer poco a poco en la Eterna Noche con los gestos y los gritos de horror del desdichado que se hunde en el abismo.

– ¿Por qué llorar? El ha vivido más feliz que otros, y ha muerto como morimos todos. Ha sufrido quizá durante algunos meses..., yo lo sé..., se dice..., es una agonía un poco larga, pero hay quien nunca ha conocido la alegría. Por el resto del tiempo en el que vivió como un autómatas, lo ignoro y no quiero preocuparme de ello. Si me hubiese transformado en un toro, no se me trataría como hombre, se me abatiría como toro. Algunos locos son hombres que regresan a un estado animal. Yo no los conozco mejor que al perro de Malebranche.

He aquí los dos juicios que el mundo nos da. Pero el mundo es de bárbaros: es una raza elegida que busca la belleza, ignorando todo excepto ella, y me han dicho:

– El ha sabido pedir a la mujer su carne, al mundo su esplendor, a la tierra sus goces animales, a la literatura sus pasiones, a la muerte sus hermosos reflejos lívidos,... No lo lloréis, pero amadle, miradle pasar de la tierra a la tumba, es un hombre que ríe, que canta, y además que llora... miradle... pues en un instante dejará de ser.

LOUIS THOMAS.

Publicado en *le Mercure de France*, el 1 de junio de 1905.

Traducción de José M. Ramos González

Para <http://www.iesxunqueira1.com/maupassant>